

Colonialidad del saber en la internacionalización de los estudios sobre comunicación: Aproximación al caso de América Latina

Colonialidade do saber na internacionalização dos estudos sobre comunicação: Abordagem do caso da América Latina

ERICK R. TORRICO VILLANUEVA^a

Universidad Andina Simón Bolívar. La Paz – Bolivia

RESUMEN

Los estudios sobre Comunicación en Latinoamérica se estructuraron por inducción, forma que asumió la internacionalización en este caso. Ello implicó una transferencia canalizada por un grupo de instituciones, así como de profesores, autores y obras que, en general, fungieron como línea de transmisión de la comunicación modernizadora, expresión del espíritu del proyecto civilizatorio moderno cuya episteme se arroga la autoridad sobre el conocimiento válido. Así, esta internacionalización de los estudios comunicacionales a mediados del siglo XX se llevó a cabo bajo la lógica de la colonialidad del saber. Este artículo revisa la trayectoria seguida en ese sentido y se aproxima a una historia de tal proceso.

Palabras clave: Estudios sobre comunicación, Latinoamérica, internacionalización, colonialidad del saber

RESUMO

Os estudos sobre comunicação na América Latina foram estruturados pela indução, forma assumida, neste caso, pela internacionalização. Isso implicou uma transferência canalizada por um conjunto de instituições, além de professores, autores e obras que, em geral, serviram de linha de transmissão da comunicação modernizadora, expressão do espírito do projeto civilizatório moderno cuja episteme reivindica autoridade sobre o conhecimento válido. Assim, essa internacionalização dos estudos de comunicação foi realizada, em meados do século XX, sob a lógica da colonialidade do saber. O artigo revisa a trajetória percorrida nesse sentido e aborda um histórico de tal processo.

Palavras-chave: Estudos sobre comunicação, América Latina, internacionalização, colonialidade do saber

^a Director académico del área de Comunicación y Periodismo en la Universidad Andina Simón Bolívar. Doctor en Comunicación por la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid. Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-1237-9241>. E-mail: etorrico@uasb.edu.bo

DOI: <http://dx.doi.org/10.11606/issn.1982-8160.v17i3p55-72>

V.17 - Nº 3 set./dez. 2023 São Paulo - Brasil ERICK R. TORRICO VILLANUEVA p. 55-72

MATRIZES

55





LAS INVESTIGACIONES SOBRE los procesos comunicacionales, que en su vertiente empírica comenzaron en los Estados Unidos de Norteamérica en la década de 1920 (Mattelart & Mattelart, 1997; Paynton & Hahn, 2023; Pooley, 2008), sentaron las bases de un nuevo campo de estudios que quedaría mejor definido cuarenta años después y llegaría a convertirse en objeto de exportación.

Si bien existían ya cursos regulares referidos a comunicación oral, discurso y retórica en varias universidades estadounidenses al menos desde 1841 (Paynton & Hahn, 2023), en tanto los primeros relativos al periodismo habían sido creados entre 1902 y 1908 (Nixon, 1963), los programas específicamente atinentes a la comunicación emergieron algo más tarde, hasta llegar al nivel del doctorado en el decenio de 1940 (Briggle & Christians, 2017, p. 205). A la producción intelectual derivada de ellos se sumó la de los centros de investigación que, en torno a los años de la Segunda Guerra Mundial, impulsó en suelo estadounidense la Fundación Rockefeller –sobre la radio–, así como el Departamento de Estado, el Ejército y la Agencia Central de Inteligencia, que sobre todo se interesaron en la *guerra psicológica* (Pooley, 2008). A este respecto, Luis Ramiro Beltrán (2000) explica que:

Una vez terminada la guerra, el conocimiento adquirido fue puesto al servicio de varias áreas principales de actividad civil en los Estados Unidos. Primero, fue aplicado a la investigación para mejorar la publicidad y para organizar campañas electorales eficaces. También consolidó y expandió la investigación de opinión pública y en alguna forma ayudó a las actividades de relaciones públicas. Convirtió el arte del periodismo en un área de investigación científica, comenzando por estudios de “lectoría” y “lecturabilidad”. Finalmente, el conocimiento se aplicó a la educación, por medio de las “ayudas audiovisuales”, y a la capacitación agrícola para el desarrollo rural, por medio de los “servicios de extensión”. Entre los últimos años de la década de 1950 y comienzos de la de 1960, comenzaron a exportarse los principios y técnicas de todos estos formatos de la nueva ciencia de la Comunicación. (p. 97)

Fue así que para 1960, aunque con una identidad en discusión – cuestión esta que todavía no ha sido dada por resuelta –, la Comunicación resultó estructurada como área de saber y, como una de las consecuencias de la “guerra fría”, empezó a ser internacionalizada, en el sentido de trasladada a realidades distintas de las de su origen, mismas que, como la latinoamericana o la africana¹, resultaron receptoras de ese influjo.

En términos generales, la internacionalización es, en lo básico, una relación que involucra a actores de dos o más naciones en la realización de una acción

¹ Para el caso de África, bajo la idea de que se trataba de un continente “subdesarrollado”, fueron especialmente la UNESCO, el Instituto Internacional de la Prensa y la Organización Internacional de Periodistas los responsables de disseminar la comunicación para la modernización mediante cursos de entrenamiento para periodistas y el apoyo a la creación de programas de estudio en centros universitarios que divulgaron los planteamientos de Daniel Lerner, Wilbur Schramm y Everett Rogers sobre el papel de los medios masivos en la superación de los obstáculos de la tradición, la introducción de estilos de vida “modernos” y la promoción del desarrollo (Willems, 2014, p. 4).

o el logro de un determinado propósito –compartido o no por todos los participantes–, en vista de lo cual pueden llegar a establecerse relaciones de distinta naturaleza. Tradicionalmente, sin embargo, internacionalizar refiere la expansión o extensión de ciertas actividades u operaciones de una institución, empresa o aun gobierno de un territorio nacional hacia otro u otros, lo que significa que se trata ante todo de un accionar que suele privilegiar un interés de crecimiento o de influencia unilateral. En materia política, con el nombre de internacionalismo, la internacionalización cobró particular vigencia para las agrupaciones de izquierda tras la convocatoria del *Manifiesto comunista*, de 1848 (“¡Proletarios del mundo, uníos!”), a la solidaridad y la cooperación proletarias en sus luchas contra el imperialismo, considerado su enemigo común (Sleeper, 1988).

En el caso de la Comunicación, la dinámica internacionalizadora se desenvolvió con la lógica de la difusión de las pautas modernizadoras, es decir, de la transferencia de valores, conceptos, métodos y prácticas que hace un “centro desarrollado”, orientada a su adopción como modelos reproducibles por la “periferia atrasada”². Jesús Arroyave (2007) recuerda, a propósito, que:

La teoría de la modernización sugiere que los países capitalistas de Occidente son los modelos a seguir para alcanzar el desarrollo. Los seguidores de esta teoría dividieron a la sociedad básicamente en dos grupos, las sociedades tradicionales y las modernas. Las últimas eran las sociedades occidentales. Las sociedades tradicionales eran caracterizadas como resistentes al cambio y profundamente arraigadas en sus costumbres y valores. En el otro extremo, las sociedades modernas eran vistas como las únicas poseedoras del conjunto de valores necesarios para el éxito³. (p. 266)

Pero es cierto que también existen otras opciones de comprensión de la internacionalización en el ámbito comunicacional, como las más recientes postuladas para que la academia occidental se abra a las de otras zonas del planeta –como la de América Latina–, reconozca su producción e intercambie con ella mediante el “cosmopolitanismo” (Cf. Ganter & Ortega, 2019; Waisbord, 2014) o, más bien, para proseguir la proyección de la comunidad académica latinoamericana en el espacio internacional que promueven la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación y la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social (Fuentes-Navarro, 2014, 2016a, 2016b).

Acá, para dar cuenta de la modalidad inductiva que caracterizó el comienzo de los estudios sobre comunicación en Latinoamérica, se acude a la versión de la internacionalización que hace énfasis en la canalización de patrones imitables desde el exterior de un territorio, porque representa la que mejor se aplica a la experiencia vivida en la región latinoamericana, marcada por la colonialidad.

²El difusionismo, estrechamente vinculado a la “comunicación para el desarrollo”, tiene su eje en la exportación de innovaciones que estima que deben ser asumidas por las poblaciones a las que considera rezagadas. Supone, así, una cierta reposición de la antigua relación entre “metrópolis” y “colonias”.

³En el original: “*Modernization theory suggests that Western capitalist countries are the models to follow to achieve development. Followers of modernization theory divided society basically in two kinds of groups, the traditional societies and the modern one. The latter one was the Western societies. Traditional societies were characterized as resistant to change and more deeply grounded in their customs and values. On the other hand, modern societies were seen as the ones that have the right set of values for success.*”



Esa transposición, en los hechos, siguió la pauta de lo acontecido en el plano más general del conocimiento sobre los mundos natural y social, cuyos parámetros de legitimidad y posterior irradiación fueron determinados por y en la construcción geocultural denominada Occidente⁴.

⁴La Europa constituida como “centro” del mundo gracias a la conquista y colonización de América fue la referencia geográfica primera del Occidente, pero el decurso posterior de la modernización desbordó aquellos límites y traspasó el significado de tal identificación territorial al “modo de vida” que implica progreso, urbanización, industrialización, secularismo, capitalismo y “modernidad”. “En la actualidad, cualquier sociedad que comparta estas características, dondequiera que exista en el mapa geográfico, puede ser señalada como perteneciente al ‘Occidente’” (Hall, 1992, p. 186). En el original: “*Nowadays, any society which shares these characteristics, wherever it exists on a geographical map, can be said to belong to ‘the West’.*”

OCCIDENTE Y EL CONOCIMIENTO VÁLIDO

El conocimiento considerado válido, el científico, se desarrolló inicialmente en Europa occidental y se alzó como uno de los factores fundamentales de la ruptura con el universo medieval registrada a partir del siglo XV, cuando tuvo lugar el nacimiento de la modernidad.

La revolución copernicana que desestabilizó dos mil años de sabiduría consagrada en la filosofía y la teología al descentrar la Tierra fue seguida y, a su modo, profundizada por el surgimiento del racionalismo y el empirismo, sistemas de pensamiento contrapuestos que, respectivamente, apuntalaron dos supuestos: la universalidad del conocimiento fundado en la razón y, en el otro extremo, el carácter insustituible de la experiencia como fuente principal, si no única, del conocimiento humano. Tras la síntesis newtoniana entre matemática y empiria que buscó salvar aquella separación metodológica, así como luego del planteamiento kantiano de que para conocer se debe conjuntar entendimiento y sensibilidad, el siglo XVIII, llamado “de las luces” en la historia occidental, consolidó esas bases en la concepción del conocimiento, de la ciencia y de su validación, a las que agregó como horizonte la fe en el progreso continuo y en la marcha constante de la humanidad hacia estadios superiores de evolución. Con esto último se completó el espíritu moderno que alimentó una creciente valoración utilitaria del conocimiento y de sus consiguientes capacidades de intervención en la naturaleza y la sociedad.

En las dos centurias siguientes, gracias al interés por comprender los movimientos de la historia, la sociedad y la cultura, motivación muy relacionada con las necesidades de pervivencia de los imperios coloniales, al igual que con los posteriores requerimientos que trajo el despliegue de la fase imperialista del capitalismo, entraron en la escena de los saberes disciplinas sociales como la historia, la antropología, la economía, la política y la sociología, principalmente en Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia y Estados Unidos (Cf. Leclerc, 1973; Wallerstein, 1996).

Al comienzo, todas estas áreas del conocimiento dedicadas a diferentes segmentos de la realidad social intentaron asimilar los parámetros procedimentales de las ciencias físicas para evitar ser descalificadas como precientíficas, no científicas e inclusive anticientíficas, prejuicios que pese a todo las persiguen hasta hoy. De esa manera,

La creación de las múltiples disciplinas de ciencia social fue parte del intento general del siglo XIX de obtener e impulsar el conocimiento “objetivo” de la “realidad” con base en descubrimientos empíricos (lo contrario de la “especulación”). Se intentaba “aprehender” la verdad, no inventarla o intuir. (Wallerstein, 1996, p. 16)

Cuando menos hasta pasada la mitad del siglo XX, el Occidente –ya concebido para ese momento como articulación euroestadounidense– continuó con sus esfuerzos deliberados para cientificar el conocimiento de lo social, atmósfera dentro de la cual se dieron tanto la emergencia de la Comunicación, vista en el sentido de área de conocimiento, como el transcurso de su internacionalización, que se dio en las complementarias arenas de la investigación académica, política o comercial y de la formación de especialistas.

UNA EPISTEME OCCIDENTAL CONFORMADORA

La idea del conocimiento válido se sostiene en una arquitectura cognitiva subyacente compuesta por un conjunto de presupuestos –como los mencionados líneas arriba– que conllevan un doble privilegio epistemológico: el del sujeto cognoscente autorizado y autorizador junto al del terreno geocultural desde el que tal sujeto conoce. De esa forma, la noción moderna de ciencia se arroga el derecho casi indiscutible de buscar, hallar y poseer la *verdad objetiva*, al tiempo que tácitamente consagra un etnocentrismo (el occidental) que eleva a rango de visión total y transhistórica.

Esa descorporeización y deshistorización del sujeto que conoce genera lo que Santiago Castro-Gómez (2010) describe como la “*hybris* del punto cero”, es decir, la ilusión –no carente de soberbia– de que “un observador del mundo social puede colocarse en una plataforma neutra de observación que, a su vez, no puede ser observada desde ningún punto” (p. 18). Pero, asimismo, asegura la condición de preeminencia del lugar geocultural y político desde el cual el conocimiento es producido y enunciado, *locus* que se reviste de un halo de universalidad simulada. Gracias a estas operaciones, se crea un “sujeto de enunciación sin rostro ni localización espacio-temporal” y un conocimiento con “pretensiones de eternidad” (Castro-Gómez & Grosfoguel, 2007, p. 65).

Con esos elementos, la *episteme* occidental fue construida como “dispositivo de conocimiento colonial e imperial” que “piensa y organiza a la totalidad del tiempo y del espacio, a toda la humanidad, a partir de su propia experiencia, colocando su especificidad histórico-cultural como patrón de referencia superior y universal” (Lander, 2000, p. 23).

Al respecto, Alcira Argumedo remarca lo dicho y añade en su reflexión el problema de la jerarquización geográfica, demográfica y epistémica resultante, que va en desmedro de los pueblos originariamente no occidentales y de sus conocimientos:

desde esa Edad Moderna iniciada al promediar el siglo XV, las cosmovisiones que se sucedieron en la hegemonía cultural de Occidente tendieron a autoconcebirse como integrantes de la expresión verdadera, exclusiva, del pensamiento humano. La superioridad europea –tanto bajo sus formas religiosas como más tarde bajo el Iluminismo y la Razón, la civilización y el progreso, la modernización o el desarrollo– relegaría a la categoría de residuos de la historia, de expresiones primitivas, de manifestaciones de la barbarie, a los pueblos que integraban las vastas regiones sometidas a su dominio imperial. (Argumedo, 2001, p. 90)

Estas pretensiones de supremacía intelectual y estas desigualdades socio-culturales que fueron instaladas sobre la inferiorización occidental de la otredad acabaron permeando la organización general de la vida y las relaciones sociales y se encuentran en los cimientos de lo que Aníbal Quijano (1992) identificó como la colonialidad, que viene a ser, en último término, la “racialización de las relaciones de poder”, contribuyente de la “naturalización de las relaciones de dominación” (Cf. Restrepo & Rojas, 2010, p. 103). La colonialidad es un elemento constitutivo de la modernidad, su “cara oculta”, “su hermano gemelo escondido en el ático” (Mignolo, 2014, p. 9). Esa colonialidad, como substrato estructural, sobrevivió tras la superación política del colonialismo que encarnó el independentismo y constituye su herencia presente en subjetividades, diseños institucionales e imaginarios. Es una rémora de la subalternización que, en su aspecto epistemológico, se expresa específicamente en la colonialidad del saber (Lander, 2000).

Como explican Eduardo Restrepo y Axel Rojas (2010), la noción de colonialidad del saber “se refiere al efecto de subalternización, folclorización o invisibilización de una multiplicidad de conocimientos que no responden a las modalidades de producción de ‘conocimiento occidental’ asociadas a la ciencia convencional y al discurso experto” (p. 136).

La episteme de Occidente, que comprende además la formulación de explicaciones ordenadoras totalizantes basadas en análisis de la causalidad y dirigidas al establecimiento de regularidades legales universales para los fenómenos, deviene pues en la armazón moderna inmanente, con espíritu colonial, que conforma tanto los procesos y productos de la aprehensión investigativa de los diversos objetos de la realidad como sus correspondientes manifestaciones teóricas y sus lineamientos para la intervención.

La trampa –afirma Walter Mignolo– es que el discurso de la modernidad creó la ilusión de que el conocimiento es des-incorporado y des-localizado y que es necesario, desde todas las regiones del planeta, ‘subir’ a la epistemología de la modernidad. (Walsh et al., 2002, p. 19)

En su transversalidad interdisciplinaria, esta dimensión epistémica moderna también dejó sus marcas en el espacio inaugural de la Comunicación al igual que en la internacionalización de sus teorías y prácticas.

LA COMUNICACIÓN OCCIDENTALIZADA

Como sostiene Beltrán, los estudios comunicacionales surgieron en un contexto concreto, el de la sociedad estadounidense de los años de posguerra⁵, a la cual, además de “próspera” y “estable”, este comunicólogo describe en los siguientes términos:

Era también una sociedad en que la individualidad predominaba sobre el colectivismo, la competencia era más determinante que la cooperación y la eficiencia económica y la sabiduría tecnológica tenían más importancia que el desenvolvimiento cultural, la justicia social y la expansión espiritual. Finalmente, era una sociedad a punto de convertirse en el imperio económico más poderoso e influyente del mundo. (Beltrán, 2000, p. 97)

⁵Por ese mismo tiempo, tuvo lugar el desplazamiento del centro de la sociología de Europa a los Estados Unidos, así como la construcción de los clásicos del área por Talcott Parsons (Alexander, 2001, p. 52); desde los años 1960, empezaron a perfilarse como clásicos del espíritu de la comunicación modernizadora Daniel Lerner, Robert Merton, Wilbur Schramm, Charles Wright y Everett Rogers.

En otro estudio, Beltrán sintetiza la definición tradicional de comunicación que se derivó de ese marco y resume su perfil general:

el acto o proceso de transmisión de mensajes de fuentes a receptores a través del intercambio de símbolos (pertenecientes a códigos compartidos por ellos) por medio de canales transportadores de señales. En este paradigma clásico, el propósito principal de la comunicación es el intento del comunicador de afectar en una dirección dada el comportamiento del receptor; es decir, producir ciertos efectos sobre la manera de sentir, pensar y actuar del que recibe la comunicación o, en una palabra, persuasión. La retroalimentación se considera instrumental para asegurar el logro de los objetivos del comunicador. (Beltrán, 2007, p. 18)

Asimismo, indica que esa concepción se mantuvo desde un principio y muestra que no sufrió alteraciones ni siquiera dentro de la crítica interna de que fue objeto, la que solamente relativizó el poder directo que se atribuía a las consecuencias de las acciones mediáticas, pero sin llegar a recusarlo, lo que posibilitó la

estructuración y amplia aceptación de un modelo comunicacional (el “esquema perdurable”) compuesto por estos elementos prioritarios: *Fuente > Codificador > Mensaje > Canal > Decodificador > Receptor > Efecto* (Beltrán, 2007, p. 17).

Puede añadirse que este mismo esquema, aunque bajo un signo político distinto, estuvo implícito en la crítica de los fundadores del materialismo histórico cuando hablaban de los “medios de producción de la conciencia” (Marx & Engels, 1987, p. 40), lo mismo que en las reflexiones en torno a la ideología, los medios de hegemonía, la industria cultural o los aparatos ideológicos del Estado efectuadas posteriormente por varios representantes del *marxismo occidental* (Anderson, 1987) como Antonio Gramsci, Max Horkheimer, Herbert Marcuse, Theodor Adorno o Louis Althusser, o en aquellas otras hechas por sus respectivos seguidores y divulgadores. La sola diferencia de estos puntos de vista con el modelo tradicional –el “perdurable”– estuvo en que pusieron en cuestión, por señalarlos como funcionales a la dominación, los objetivos de los efectos. Esto, no obstante, no fue óbice para que varias de las denuncias críticas realizadas se acompañaran de llamados a buscar otros efectos, entendidos como desalienadores y prorrevolucionarios.

Es, pues, posible afirmar que la investigación y la teorización sobre los procesos y hechos comunicacionales desarrolladas desde las plataformas de la modernidad estadounidense y europea produjeron una Comunicación “occidental”⁶ –saber asentado en la episteme de Occidente– que es distinguible a partir de su interés focalizado en la transmisión tecnológicamente mediada de contenidos y guiada por el propósito de lograr efectos, y que, al final, empodera al polo emisor, así como comprende una concepción instrumental y tecnocéntrica de la comunicación y sus recursos.

Para Jesús Martín-Barbero (1978), “la ‘ciencia’ de las comunicaciones nace controlada y orientada a perfeccionar y perpetuar ‘el estilo norteamericano de democracia’” (p. 22), mientras que Beltrán (2000) anota que:

Comprensible y legítimamente, Estados Unidos diseñó y construyó, en filosofía, objeto y método, el tipo de ciencias sociales que corresponden a sus particulares circunstancias estructurales (culturales, económicas y políticas). Ellas eran, eminentemente, ciencias para el ajuste, orientadas fundamentalmente a estudiar la conformidad con las necesidades, metas, valores y normas prevalentes del orden social establecido, de manera que ayudaran al sistema dirigente a lograr “normalidad” y evitar los comportamientos “desviados”. (p. 98)

Por tanto, esas visiones sobre la ciencia, fraguadas a la medida del proyecto occidental, fueron las que perfilaron la ruta de los estudios latinoamericanos en Comunicación cuando se produjo la internacionalización antes aludida.

⁶Sobre esta noción, puede verse Torrico (2016, pp. 123-144).

EL TRÁNSITO DEL PERIODISMO A LA COMUNICACIÓN

El antecedente inmediato de esos estudios comunicacionales fueron los cursos que nacieron en algunos países de la región para formar al personal de la prensa.

La propuesta más antigua al respecto había surgido ya en 1901 del I Congreso de la Prensa Nacional celebrado en Argentina, pero sólo más tarde, entre 1933 y 1935, se pudo hacer realidad el establecimiento de las primeras experiencias educativas estructuradas en La Plata y Buenos Aires (Marques de Melo, 2007). En relación con ese hecho, Raymond Nixon afirma lo que sigue:

Las ideas de Joseph Pulitzer sobre la formación profesional del periodista influyeron claramente en los comienzos de la enseñanza del periodismo en América Latina en 1934. Durante ese año, sus palabras se citaron con frecuencia en las conversaciones que condujeron a la creación de los primeros programas en Argentina, y el Decano de la Escuela Pulitzer de Periodismo en la Universidad de Columbia fue uno de los primeros profesores visitantes en la Escuela de Periodismo de la Universidad Nacional de La Plata. (Nixon, 1978, pp. 198-199)

En los años posteriores, y hasta 1960, también fueron creadas escuelas en Brasil, México, Cuba, Ecuador, Perú, Venezuela, Colombia, Guatemala, Chile, República Dominicana, El Salvador y Nicaragua (Fuentes-Navarro, 1989; Marques de Melo, 2007; Nixon, 1982). En esos espacios, de acuerdo con Julio del Río (2015),

Por un lado, los planes de estudio hacían énfasis en materias eminentemente técnicas como redacción periodística, organización de diarios y revistas, corrección de estilo, trabajo editorial y de imprenta; del otro, tenían un conjunto de asignaturas humanísticas, incluso mayor, que las propiamente periodísticas, sobre todo, relacionadas con el derecho y la literatura. El resultado fue la formación de un profesional híbrido, sin personalidad propiamente periodística, que oscilaba entre el periodismo, la literatura y la abogacía. (p. 155)

Mas ese panorama empezó a cambiar en 1963 cuando el Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo para América Latina (CIESPAL), creado cuatro años antes en Quito con apoyo de la UNESCO, intervino activamente en el trazado de las directrices para la preparación de especialistas. Sobre ello, Claudia Mellado (2010) indica:

Aunque en un comienzo CIESPAL parece seguir el modelo de educación americano vinculado a la formación y entrenamiento de habilidades prácticas, pronto comienza



a enfatizar el acercamiento académico, más que el profesional y de vocación (más cercano al pensamiento de Schramm, entre otros), centrándose en la perspectiva científica social de los estudios de comunicación. (p. 309)

Tras un seminario convocado aquel año para examinar los rumbos deseables para las escuelas de periodismo en el subcontinente, el CIESPAL sugirió estos cinco principios:

1. Una escuela debería tener nivel universitario . . .
2. El programa académico debe tener un mínimo de cuatro años . . .
3. El programa de estudios debería incluir cursos “humanísticos” y técnico-profesionales . . .
4. Una escuela debería tratar de convertirse en una “facultad autónoma” dentro de la Universidad . . .
5. Al extender sus ramos las escuelas deberían convertirse en escuelas de “ciencias de la información”. (Nixon, 1978, p. 202)

Esas recomendaciones, sumadas a la importancia social alcanzada por la radio y la televisión (Fuentes-Navarro, 1989), a la “expansión de los procesos de difusión colectiva desencadenados por la industrialización en varios países” (Marques de Melo, 1989, p. 92) y a la consiguiente diversificación de las especialidades profesionales más allá de la información noticiosa (publicidad, relaciones públicas, propaganda, etc.) propulsaron la figura de la *polivalencia* en la formación (Del Río, 2015), es decir, la habilitación profesional para cualquier espacio de la industria cultural (Mellado, 2010), todo lo cual rubricó el paulatino tránsito desde el Periodismo a la Comunicación en los cursos y programas universitarios, que se concretó desde la década de 1970⁷.

Con esa “nueva perspectiva de la comunicación”, señala Joaquín Sánchez (1982),

Se tomó conciencia de su importancia dentro del proceso social, así como de sus repercusiones en el campo profesional. Estas ideas llegaron a penetrar en los currículos existentes de tal manera que el problema de la comunicación se debería abordar desde diversos ángulos de lo social, lo psicológico, filosófico, etc. (p. 36)

La conversión ocurrida dio visibilidad a otras dimensiones de la formación comunicacional que hasta entonces parecía haberse restringido al cultivo de destrezas para producir y distribuir noticias con un determinado margen para la contextualización y la interpretación. Ese cambio posibilitó, asimismo, que la investigación académica empezara a tener presencia, aunque bajo fuerte influencia foránea y con escasa vinculación a la práctica profesional y a la docencia universitaria (Cf. Fuentes-Navarro, 1989, 1991).

⁷ Para este año, “un tercio de las escuelas del continente ya habían cambiado la denominación ‘de Periodismo’ por la ‘de Comunicación’ o un equivalente” (Meditsch, 2000, p. 132). En el original: “*um terço das escolas do continente já haviam trocado a denominação ‘de jornalismo’ por ‘de comunicação’ ou equivalente*”.

De acuerdo con Miquel de Moragas (2011), la creación de los primeros centros de estudio sobre Comunicación en América Latina “respondía a una estrategia de influencia cultural programada desde las agencias de inteligencia y difusión de Estados Unidos y en la que participaron los fundadores de la *mass communication research* y sus primeros discípulos (Schramm, Nixon, Rogers)” (p. 176).

En tal contexto, pese a la temprana emergencia de una importante vertiente crítica latinoamericana (Cf. Atwood & McAnany, 1986; Beltrán, 2000, 2007; Fuentes-Navarro, 1991), las dinámicas de formación e indagación se desarrollaron fundamentalmente dentro de la concepción occidentalizada de la comunicación, cuyo sustrato epistemológico no llegó a ser objeto de cuestionamiento.⁸

VÍAS Y ÁMBITOS DE LA DIFUSIÓN COMUNICACIONAL HACIA LATINOAMÉRICA

La internacionalización de los estudios sobre Comunicación en el caso latinoamericano no aconteció en una situación de vacío, sino en un escenario en el que, además de procesos formativos centrados en el periodismo, se tenía igualmente una cierta trayectoria de indagación.

Así, ya durante el siglo XIX, en algunos países del subcontinente habían visto la luz trabajos y análisis relacionados con la historia de la imprenta y de la prensa (Beltrán, 1983a), mientras que estudios de índole más sistemática respecto a la libertad de expresión, la legislación referida a la prensa, los recuentos hemerográficos o la situación y características de la radio aparecieron en el decenio de 1940 (Beltrán, 1983a), lapso en el cual también fueron llevadas a cabo las primeras encuestas de que se tenga noticia en la región.

No obstante, la presencia y fuerza del influjo internacional en esas actividades es reiteradamente reconocida: “Hasta los años sesenta, la mayoría de los estudios empíricos sobre la comunicación en América Latina fueron investigaciones realizadas, o al menos orientadas, por estadounidenses”, expresa Raúl Fuentes-Navarro (2005, p. 100), en tanto que Carlos Scolari sostiene que “de los años 1950 a los de 1970 los medios y los estudios latinoamericanos de comunicación fueron una gran caja de resonancia para las teorías y concepciones originadas en los Estados Unidos y Europa⁹” (Scolari & Rodríguez-Amat, 2018, p. 9). A su vez, Miquel de Moragas (1985) dice que “en Latinoamérica se parte de una tradición investigadora determinada: la de la implantación de las técnicas de estudio nacidas y experimentadas en otros contextos culturales, políticos y económicos” (p. 198) y aclara luego que se refiere a la “tradición científica norteamericana” (p. 198).

⁸ Fue durante el decenio de 1970 que ya hubo aproximaciones a este respecto. Por ejemplo, la del seminario sobre investigación de la comunicación organizado por el CIESPAL en Costa Rica, que cuestionó la “teoría de la comunicación y la metodología de la investigación elaboradas en los centros metropolitanos” junto a su supuesta validez universal (Ciespal, 1973, p. 13), y la aseveración de Jesús Martín-Barbero acerca de que la dependencia no consiste en asumir la teoría ajena, sino que “Lo dependiente es la concepción misma de la ciencia, del trabajo científico, y de su función en la sociedad” (Martín-Barbero, 1978, p. 20).

⁹ En el original: “From the 1950s to the 1970s Latin American media and communication studies were a great sounding board for the theories and conceptions originated in the United States and Europe”.



Sobre esto, Carlos Catalán y Guillermo Sunkel, quienes identifican la “orientación hacia efectos y el modelo de difusión de innovaciones” como los componentes de la *communication research* estadounidense de mayor influencia, expresan que:

el inicio de los estudios de la comunicación en América Latina estuvo marcado por la existencia de modelos teóricos extranjeros. Los procesos de comunicación en América Latina fueron pensados, especialmente en las décadas del 1960 y comienzos de los años 1970, con categorías e instrumentos conceptuales provenientes de otras realidades. (Catalán & Sunkel, 1991, p. 3)

“Ante estos hechos –puntualiza José Jiménez– es más correcto hablar de traslación de la ciencia de la comunicación que de una formación, ya que no es resultado de un proceso propio de Latinoamérica, sino impulsado por las necesidades del capitalismo mundial” (Jiménez, 1994, p. 55).

Otro elemento común en la apreciación de estos comienzos es la percepción respecto del papel protagónico que tuvo el CIESPAL en la definición inicial y en la promoción de los estudios comunicacionales en Latinoamérica (Aguirre & Bisbal, 2010; León, 2006; Marques de Melo & Gobbi, 2000; Mellado, 2010; Nixon, 1978), lo que supuso que también fuese mediador clave de la internacionalización. En esa dirección, Fuentes-Navarro (1991) subraya que:

Entre sus primeras tareas, además de la formación de profesores para las escuelas de periodismo, se encuentra la organización de cursos regionales con los más destacados investigadores norteamericanos y europeos en el campo de la comunicación para el desarrollo y la edición de traducciones de sus principales obras. Para el impulso de la investigación, CIESPAL extendió dos modelos por toda América Latina: la metodología del francés Jacques Kayser para el análisis morfológico y de contenido de la prensa, y las técnicas norteamericanas de análisis de audiencias y de efectos de los medios masivos. (p. 81)

Si bien el CIESPAL, y por su intermedio la UNESCO, fue el impulsor principal de la introducción, puesta en circulación y adopción en Latinoamérica de las ideas y técnicas de la Comunicación “occidental”, hubo otros agentes coadyuvantes. Cabe citar entre ellos a las fundaciones estadounidenses Ford y Rockefeller, la Agencia de Información de los Estados Unidos, la Organización de Estados Americanos, la Sociedad Interamericana de Prensa, las fundaciones alemanas Friedrich Ebert y Konrad Adenauer, el canadiense Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo y el Instituto Interamericano

de Cooperación Agrícola (Del Río, 2015; Fuentes-Navarro, 1991; Marques de Melo, 1989; Moragas, 2011; Nixon, 1978, 1982).

Este esfuerzo proveniente de diferentes vías buscó orientar las comunicaciones latinoamericanas y el estudio de sus correspondientes procesos desde la perspectiva de la modernización. Los ámbitos que abarcó tal cometido fueron los de la formación profesional, el diseño curricular, la producción bibliográfica y la investigación.

Lo primero se llevó adelante, por una parte, mediante la otorgación de becas para que latinoamericanos estudiaran en el CIESPAL o en universidades estadounidenses, y, por otra, a través de la realización de seminarios y de cursos de distinto nivel, en distintos países, en los que se contó con la participación de expositores y profesores estadounidenses y europeos.

La estructuración de los programas de estudio universitarios tuvo su eje en las propuestas del CIESPAL, que en 1964 formuló un “Plan Piloto de Enseñanza” que buscaba “un equilibrio entre lo humanístico y lo técnico-profesional” (Sánchez, 1982, p. 38). Las reformas introducidas se reflejaron en las denominaciones adoptadas por las escuelas o facultades, que pasaron de ser “de Periodismo” a otras de Comunicación, Comunicaciones, Comunicación Social, Ciencias de la Comunicación, Ciencias de la Información, Comunicación Pública o Comunicación Masiva (Sánchez, 1982, p. 37), en muestra clara de que el objeto de interés privilegiado –y, en consecuencia, el de estudio– eran los procesos de difusión masiva tecnológicamente mediados.

La bibliografía de referencia en esa etapa fue básicamente la que generó el Departamento de Publicaciones del CIESPAL (Nixon, 1978), que sistematizó los apuntes de sus conferencias y seminarios o editó traducciones de libros de autores estadounidenses como Wilbur Schramm y Raymond Nixon u otros europeos como Jacques Kayser. Un seminario sobre Formación profesional del comunicador celebrado en Costa Rica cuestionaba en 1974 el carácter “importado” de los contenidos que se enseñaban y de las teorías que se aplicaban en Latinoamérica (Sánchez, 1982, pp. 40-41); Nixon daba cuenta de que el 57% de los profesores encuestados en 1980 “dijo que utilizaban traducciones de libros escritos por especialistas de los países más desarrollados” (Nixon, 1982, p. 16) y, poco después, Beltrán sostenía que, en las escuelas, “el enfoque de la materia, lo que se enseña y la literatura que se recomienda tienen poco que ver con América Latina, una orientación acrítica, mercantilista, conservadora y tecnicista es la que prevalece” (Beltrán, 1983b, pp. 7-8).

La investigación, por último, fue probablemente el ámbito en que se hizo mucho más visible la influencia de la concepción occidentalizada de la comunicación, lo que se tradujo no sólo en el empleo recurrente de sus procedimientos

cuantitativos (análisis de contenido y encuesta), sino ante todo en las fundamentaciones teórico-metodológicas aplicadas, en la determinación de los temas investigables y hasta en los propósitos de las indagaciones. El seminario de Costa Rica de 1973, primero en reunir a los investigadores latinoamericanos de la especialidad, manifestó al respecto que “no se ha desarrollado metodologías propias, acordes con las necesidades y posibilidades de América Latina y se ha utilizado métodos y sistemas importados, inadecuados unos y obsoletos otros” (Ciespal, 1973, p. 24). Asimismo, la situación en esta materia llevó a que Beltrán concluyera en 1976 que la investigación comunicacional latinoamericana estaba sujeta a premisas, objetos y métodos foráneos, “procedentes más que todo de Estados Unidos de América” (Beltrán, 2000, p. 90), aserto que posteriormente, en sentido más amplio, ratificó junto a Elizabeth Fox de Cardona en su análisis sobre la dependencia latinoamericana: “decididamente, los Estados Unidos ejercen una dominación cultural sobre América Latina¹⁰” (Beltrán & Cardona, 1982, p. 39).

¹⁰En el original:
“Decididamente, os Estados Unidos exercem uma dominação cultural sobre a América Latina”.

Puede advertirse, por el recorrido presentado, que la Comunicación en el subcontinente latinoamericano se conformó como área de conocimiento en función del modelo de la comunicación modernizadora exportado primordialmente por los Estados Unidos, nación síntesis del proyecto de la modernidad desde finales de la Segunda Guerra Mundial.

CONSIDERACIONES FINALES

Si se tiene presente que, como fue previamente planteado, el conocimiento científico posee un estatuto etnocéntrico, se comprende asimismo que su difusión y reproducción importan una práctica de colonialidad del saber.

Desde este ángulo, para el caso latinoamericano, la internacionalización de los estudios comunicacionales ocurrida hacia mediados del siglo XX representó básicamente un proceso de transferencia teórico-metodológica que contribuyó a modelar el terreno académico regional de la especialidad con la incorporación de áreas de interés, temas, objetos de análisis e inclusive problemas de investigación exógenos, junto con la aplicación de marcos conceptuales de referencia y procedimientos de indagación predefinidos.

Un grupo de instituciones y un conjunto de autores, profesores y obras principalmente provenientes de los Estados Unidos y de Europa occidental fueron el canal y el sustento de ese movimiento de aculturación académico-profesional especializado.

Bajo esa impronta, los intereses formativos e investigativos del naciente campo de la Comunicación en América Latina propendieron a inscribirse en los

límites señalados por la concepción histórica evolucionista y la noción instrumental de la comunicación de la visión occidental. Pero, además, se orientaron a asumir los objetivos de la modernización, incluida su versión crítica.

El campo comunicacional latinoamericano fue así configurado con el proyecto civilizatorio moderno como sustrato y adoptó predominantemente el perfil de la Comunicación “occidental”, resultado que pone de manifiesto la colonialidad del saber implícita en esa internacionalización.

En otras palabras, los estudios sobre Comunicación en América Latina fueron fruto, en sus orígenes, de la acción difusionista occidental y tuvieron desde entonces a la colonialidad como su inconsciente epistemológico. ■

REFERENCIAS

- Aguirre, J. M., & Bisbal, M. (Eds.). (2010). *Prácticas y travesías de Comunicación en América Latina*. Centro Gumilla.
- Alexander, J. (2001). La centralidad de los clásicos. In A. Giddens & J. Turner (Eds.), *La teoría social hoy* (pp. 22-80). Alianza.
- Anderson, P. (1987). *Consideraciones sobre el marxismo occidental* (7a ed.). Siglo XXI.
- Argumedo, A. (2001). *Los silencios y las voces en América Latina. Notas sobre el pensamiento nacional y popular*. Ediciones del Pensamiento Nacional.
- Arroyave, J. (2007). The emergence of diffusion theory in Latin America: A retrospect analysis. *Investigación & Desarrollo*, 15(2), 260-287.
- Atwood, R., & McAnany, E. G. (Eds.). (1986). *Communication & Latin American society. Trends in critical research, 1960-1985*. University of Wisconsin Press.
- Beltrán, L. R. (1983a). Estado y perspectivas de la investigación en comunicación social en América Latina. *SIDCOM*, (2), 41-49.
- Beltrán, L. R. (1983b). *La comunicación social en América Latina* [Presentación de trabajo]. XXXIX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal de Colombia, Bogotá, Colombia.
- Beltrán, L. R. (2000). *Investigación sobre comunicación en Latinoamérica. Inicio, trascendencia y proyección*. Plural.
- Beltrán, L. R. (2007). Adiós a Aristóteles: La comunicación “horizontal”. *Revista Latinoamericana de Ciencias de la Comunicación*, 4(7), 12-36.
- Beltrán, L. R., & Cardona, E. F. (1982). *Comunicação dominada. Os Estados Unidos e os meios de comunicação na América Latina*. Paz e Terra.
- Briggle, A., & Christians, C. G. (2017). Media and communication. In R. Frodeman, J. T. Klein & R. C. S. Pacheco (Eds.), *The Oxford handbook of interdisciplinarity* (pp. 201-213). Oxford University Press.



Colonialidad del saber en la internacionalización de los estudios sobre comunicación

- Castro-Gómez, S. (2010). *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)* (2a ed.). Pensar.
- Castro-Gómez, S., & Grosfoguel, R. (Eds.). (2007). *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Siglo del Hombre.
- Catalán, C., & Sunkel, G. (1991). *La tematización de las comunicaciones en América Latina*. Flacso.
- Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo para América Latina. (1973). Seminario sobre la investigación de la comunicación en América Latina. Informe provisional. *Chasqui*, (4), 11-25.
- Del Río, J. (2015). Desarrollo y tendencias de la enseñanza en comunicación colectiva. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 37(149), 153-172. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1992.149.51080>
- Fuentes-Navarro, R. (1989). El estudio de la comunicación en las universidades latinoamericanas. *Telos*, (19), 156-159.
- Fuentes-Navarro, R. (1991). *Un campo cargado de futuro. El estudio de la comunicación en América Latina*. Iteso.
- Fuentes-Navarro, R. (2005). Everett M. Rogers (1931-2004) y la investigación latinoamericana de la comunicación. *Comunicación y Sociedad*, (4), 93-125.
- Fuentes-Navarro, R. (2014). La investigación de la comunicación en América Latina: Una internacionalización desintegrada. *Oficios Terrestres*, (31), 11-22.
- Fuentes-Navarro, R. (2016a). Cuatro décadas de internacionalización académica en el campo de estudios de la comunicación en América Latina. *Disertaciones*, 9(2), 8-26.
- Fuentes-Navarro, R. (2016b). Institutionalization and internationalization of the field of communication studies in Mexico and Latin America. In P. Simonson & D. Park (Eds.), *The international history of communication study* (pp. 325-345). Routledge.
- Ganter, S. A., & Ortega, F. (2019). The invisibility of Latin American scholarship in European media and communication studies: Challenges and opportunities of de-westernization and academic cosmopolitanism. *International Journal of Communication*, 13, 68-91.
- Hall, S. (1992). The west and the rest: Discourse and power. In S. Hall & B. Gieben (Eds.), *Formations of modernity* (pp. 184-227). Polity Press.
- Jiménez, J. (1994). *La ciencia de la comunicación en América Latina*. Quinto Sol.
- Lander, E. (Comp.). (2000). *La colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Clacso.
- Leclerc, G. (1973). *Antropología y colonialismo*. Alberto Corazón.

- León, G. (2006). Sobre la institucionalización del campo académico de la comunicación en América Latina. In R. Fuentes (Coord.), *Instituciones y redes académicas para el estudio de la comunicación en América Latina* (pp. 15-88). Iteso.
- Marques de Melo, J. (1989). El desafío tecnológico. *Chasqui*, (29-30), 92-97.
- Marques de Melo, J. (2007). Trajetória do Jornalismo e da Comunicação nas universidades latino-americanas: balanço e perspectivas. In A. Alfonso, F. Saintout, & M. M. K. Kunsch (Comps.), *70 años de periodismo y comunicación en América Latina. Memoria y perspectivas* (pp. 23-44). Universidad Nacional de La Plata.
- Marques de Melo, J., & Gobbi, M. (Orgs.). (2000). *Gênese do pensamento comunicacional latino-americano. O protagonismo das instituições pioneiras Ciespal, Icinform, Ininco*. Universidade Metodista de São Paulo.
- Martín-Barbero, J. (1978). *Comunicación masiva: Discurso y poder*. Ciespal.
- Marx, K., & Engels, F. (1987). *La ideología alemana*. Grijalbo.
- Mattelart, A., & Mattelart, M. (1997). *Historia de las teorías de la comunicación*. Paidós.
- Meditsch, E. (2000). Ciespal trouxe progresso... e o problema quase insolúvel do comunicólogo. In J. Marques de Melo & M. Gobbi (Orgs.), *Gênese do pensamento comunicacional latino-americano. O protagonismo das instituições pioneiras Ciespal, Icinform, Ininco* (pp. 129-138). Universidade Metodista de São Paulo.
- Mellado, C. (2010). La influencia de Ciespal en la formación del periodista latinoamericano. Una revisión crítica. *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, (16), 307-318.
- Mignolo, W. (2014). *Desobediencia epistémica: Retórica de la modernidad, lógica de la colonialidad y gramática de la descolonialidad*. Del Signo.
- Moragas, M. (1985). *Teorías de la comunicación. Investigaciones sobre medios en América y Europa* (3a ed.). Gustavo Gili.
- Moragas, M. (2011). *Interpretar la comunicación. Estudios sobre medios en América y Europa*. Gedisa.
- Nixon, R. (1963). *Investigaciones sobre comunicación colectiva: Rumbos y tendencias*. Ciespal.
- Nixon, R. (1978). La enseñanza del periodismo en América Latina. *Comunicación y Cultura*, (2), 197-212.
- Nixon, R. (1982). Historia de las escuelas de periodismo. *Chasqui*, (2), 13-19.
- Paynton, S., & Hahn, L. (2023). *Introduction to communication*. Humboldt State University.

- Pooley, J. (2008). The new history of mass communication research. In D. Park & J. Pooley (Eds.), *The history of media and communication research: Contested memories* (pp. 43-69). Peter Lang.
- Quijano, A. (1992). Colonialidad y modernidad/racionalidad. *Perú Indígena*, 13(29), 11-20.
- Restrepo, E., & Rojas, A. (2010). *Inflexión decolonial: Fuentes, conceptos y cuestionamientos*. Universidad del Cauca.
- Sánchez, J. (1982). Criterios para la formación de comunicadores sociales en América Latina. *Signo y Pensamiento*, 1(1), 34-70.
- Scolari, C., & Rodríguez-Amat, J. (2018). A Latin American approach to mediation: Specificities and contributions to a global discussion about how media are shaping contemporary societies. *Communication Theory*, 28(2), 131-154.
- Sleeper, R. (1988). *Léxico de la semántica marxista leninista*. Tres Tiempos.
- Torrice, E. (2016). *Hacia la comunicación decolonial*. Universidad Andina Simón Bolívar.
- Waisbord, S. (2014). United and fragmented: Communication and media studies in Latin America. *Journal of Latin American Communication Research*, 4(1).
- Wallerstein, I. (Coord.). (1996). *Abrir las ciencias sociales*. Siglo XXI.
- Walsh, C., Schiwy, F., & Castro-Gómez, S. (Eds.). (2002). *Indisciplinar las ciencias sociales*. Abya Yala.
- Willems, W. (2014). Provincializing hegemonic histories of media and communication studies: Towards a genealogy of epistemic resistance in Africa. *Communication Theory*, 24(4).

Artículo recibido el 31 de julio de 2023 y fue aprobado el 20 de septiembre de 2023.